

HAY OTRO SISTEMA ECONÓMICO MÁS JUSTO Y HUMANO

La actual crisis económica de ámbito mundial, la más grave desde la Gran Depresión de 1929, provocada por la codicia del máximo beneficio que alienta el sistema económico actual de ganar más y más, y favorecido por la escasez de normas reguladoras y de control, ha confirmado los pronósticos de muchos expertos críticos como el Premio Nóbel Joseph Stiglitz. Se sabía que el sistema estaba en riesgo pero no se actuó por creer que la autorregulación de los mercados era suficiente garantía. Este dejar hacer, unido a la ambición, a la avaricia (considerada la riqueza como el principal valor) nos ha conducido a esta crisis que se traduce en graves dificultades económicas para la mayoría de los hogares. Mientras, los ciudadanos nos preguntamos dónde está el dinero o los valores que representa ¿en paraísos fiscales? ¿en cuentas numeradas? ¿en lingotes de oro? ¿en depósitos bancarios ocultos por la ingeniería financiera? Lo cierto es que se ha verificado el fracaso del sistema económico neoliberal y puede que estemos ante el final del «mejor de los modelos posibles» según sus defensores. Hay analistas que piensan que esta situación ha sido provocada interesadamente; las palabras de Joaquín Almunia son esclarecedoras: «este terremoto va a ser seguido de unas réplicas que son las de una sociedad hipotecada, despedida de su trabajo y con el subsidio terminado, que no tendrá más remedio que negociar jornadas de 65 horas, puestos de trabajo etéreos y mal pagados y una total sumisión por parte de las organizaciones sociales».

Lamentablemente estamos inmersos en un sistema económico que antepone el capital y sus beneficios a una ética económica, al trabajo y al bien de la sociedad; que idolatra el mercado; que manifiesta una sed insaciable de poder en todos los campos de la actividad humana y que nos ha conducido a una debacle cuyas consecuencias (según informe de la O.I.T.) son el incremento de la desigualdad de salarios, aumento del paro, más contratos basura, mayor precariedad en el empleo, disminución de ingresos en las arcas públicas y por ende próximos recortes para los programas de acción social. Como siempre, los que de verdad van a sufrir los resultados de tanta ambición son los que menos tienen, los que no pueden cubrir las necesidades básicas y, con mayor gravedad, los países empobrecidos víctimas de la violencia estructural de los países desarrollados. Según José Saramago «estamos ante un crimen contra la humanidad

perpetrado contra millones de personas de todo el mundo, amenazadas de perder el poco dinero de que disponen después de perder, en millones de casos, su única y cuántas veces escasa fuente de rendimiento, es decir, su trabajo». Ante la gravedad del crash financiero muchos gobiernos han decidido aplicar medidas de rescate e inyecciones de liquidez ejecutadas con dinero del erario público que, según la mayoría de los analistas, han sido necesarias para evitar el colapso y mitigar los efectos sobre la economía real y la sociedad. Ahora toca garantizar que sus costes, incluyendo los intereses, sean pagados por los irresponsables codiciosos que nos han conducido a esta lamentable situación. Por el contrario, otras voces rechazan que el dinero de todos vaya en ayuda de los culpables del desaguado y que ahora esconden su capital.

Otra consecuencia enormemente negativa es el aumento de la miseria en los países empobrecidos y las dificultades de los desarrollados para cumplir con los compromisos asumidos para alcanzar los Objetivos de Desarrollo del Milenio, con ellos se pretende mitigar el hambre y la miseria de millones de seres humanos. La coyuntura económica actual va a servir de argumento para que muchos gobiernos excusen el no cumplimiento de sus compromisos. Sin embargo ahora se ha demostrado que se puede atajar el hambre si éstos son sensibles a esta realidad: las millonarias cantidades de dinero inyectado por la mayoría de los países desarrollados para salvar el sistema financiero demuestran que existen recursos suficientes para destinar el 0,7% del PIB a la erradicación de la pobreza y el subdesarrollo. Algunos expertos han manifestado que con sólo el 0,12% del dinero destinado a dar liquidez al sistema se acabaría el hambre en el mundo. Lo único bueno de esta crisis debe de ser que la salida de la misma contemple el cambio de los factores estructurales que están en la raíz de las grandes desigualdades: hacer frente a la deuda externa; reformar las reglas actuales del comercio; favorecer el acceso a la educación y a la salud; mayor producción e investigación agrícola; evitar la especulación con los alimentos; cambiar las políticas referentes a la energía y la tecnología. Todos tenemos alguna responsabilidad en esta tarea de hacer un mundo más justo, solidario y en paz. Los ciudadanos de a pie tenemos que manifestar nuestra repulsa, podemos y debemos promover la denuncia pública y demandar y ejercer la participación ciudadana con lucidez crítica. Es preciso reivindicar nuevas políticas, en concreto un nuevo modelo económico más humano que no fomente la avaricia, que se sustente en la capacidad y bondad

humanas, que persiga el desarrollo y bienestar de todo el planeta y que tenga corazón además de cerebro.

Los que nos proclamamos cristianos y queremos seguir el mensaje de fraternidad y liberación de Jesús de Nazaret, sin ser expertos en economía ni analistas financieros, sentimos la necesidad de hacer análisis y reflexión como ciudadanos y creyentes. Es la utopía del Reino de Dios aquí en la Tierra, que se inició con Jesús de Nazaret, la que nos mueve a comprometernos por la consecución de un mundo mejor y a denunciar las realidades humanas contrarias al Plan de Dios, que son causadas por la ambición de dinero y de poder; éstos son los principales enemigos que atenazan la dicha de la humanidad. Las palabras de Jesús así lo advierten: «Porque donde tengas tu riqueza tendrás tu corazón» (Mt 6,21); «Dichosos los que tienen hambre y sed de justicia» (Mt 5,6); «No podéis servir a Dios y al dinero» (Mt 6,24); «Sabéis que los que figuran como jefes de los pueblos los tiranizan y los grandes los oprimen, pero no ha de ser así entre vosotros» (Mc 10,2). Todos estamos necesitados de cambios personales. Todos necesitamos ser más autocríticos porque todos nos dejamos contaminar (unos más que otros) por esta fiebre del tener y disfrutar al máximo, todos nos dejamos llevar por el furor consumista y depredador del medio ambiente. El mensaje evangélico es radical en este sentido: estamos obligados a posibilitar una vida digna a todo ser humano, porque los bienes de la Tierra son para todos. Esta crisis nos va a dar la oportunidad de vivir la austeridad y compartir bienes y tiempo para mitigar la situación de aquellos que más la van a sufrir.

Lo que no entendemos es el silencio clamoroso de las autoridades eclesíásticas. Que no eleven su voz denunciando lo que está ocurriendo, cuando sí lo hacen con profusión en tantas otras cuestiones menos graves y discutibles, resta credibilidad a la Iglesia.

Emilio J. Soriano escribe en representación de las Comunidades Cristianas de Base de la Región de Murcia.